

Nueva Antropología 55

REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES

FAMILIAS DE CLASE MEDIA

ROSARIO ESTEINOU, Familia y diferenciación simbólica. **MERCEDES BLANCO**, Mujeres profesionistas de clase media. Procesos de decisión e inserción laboral. **VIRGINIA MOLINA LUDY Y KIM SÁNCHEZ**, El fin de la ilusión. Movilidad social en la ciudad de México. **KIM SÁNCHEZ SALDAÑA**, Sectores medios en México, una bibliografía comentada. **OTROS TEMAS.** **GONZALO A. SARAVÍ**, Entre la comunidad y la autosuficiencia. Cooperación y competencia en un distrito industrial. **MAYA LORENA PÉREZ-RUIZ**, Aportaciones de Guillermo Bonfil al concepto de lo popular. **PILAR ALBERTI MANZANARES**, La identidad de género y étnia. Un modelo de análisis. **RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS.**



CONACULTA • INAH





Nueva Antropología

ISSN: 0185-0636

nuevaantropologia@hotmail.com

Asociación Nueva Antropología A.C.

México

Pérez Ruiz, Maya Lorena
Aportaciones de Guillermo Bonfil al concepto de lo popular
Nueva Antropología, vol. XVI, núm. 55, junio, 1999, pp. 89-103
Asociación Nueva Antropología A.C.
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15905507>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

APORTACIONES DE GUILLERMO BONFIL AL CONCEPTO DE LO POPULAR¹

MAYA LORENA PÉREZ-RUIZ
DEAS/INAH

El interés de Guillermo Bonfil por las culturas populares o subalternas se patentiza a finales de los años setentas. Lo manifiesta en 1979 durante la mesa redonda sobre Marxismo y Antropología, publicada por la Revista *Nueva Antropología* No. 11. En ella si bien reconoce los importantes aportes del marxismo, le encuentra también limitaciones para explicar la realidad mexicana y las de otros países que también fueron colonizados. Señala

¹ Las ideas contenidas en este artículo se trabajaron para la tesis de maestría en Antropología Social *El Museo Nacional de Culturas Populares 1982-1989. Producción cultural y significados*, ENAH, México, 1995.

cómo el marxismo no había sido válido para explicar la creación de las naciones en los países de origen colonial, ni tampoco tuvo, hasta ese momento, argumentos para explicar a los sectores sociales que poseen formas de organización, culturas y lenguas distintas a la lengua y la cultura oficial o dominante. Ante tales deficiencias propone que la antropología mexicana se asome a otras corrientes de pensamiento antropológico y marxista que tratan esos temas. Menciona explícitamente la escuela italiana que surge del pensamiento de Gramsci y la antropología de De Martino, y propone acercarse a sus concepciones sobre las clases y las culturas subalternas.

A partir de ello, él como muchos

otros, comienza a emplear el concepto de popular para caracterizar la cultura de ciertos sectores sociales definidos por su posición subalterna.

Según Guillermo Bonfil, la rapidez con que se aceptó y generalizó el término de cultura popular (o culturas populares) entre los antropólogos mexicanos, y aún en otros medios, tuvo que ver precisamente con el surgimiento, entre 1976 y 1977, de la primera institución en México dedicada a la cultura popular. Uno de los impulsores, según Bonfil, es Rodolfo Stavenhagen, quien a fines de 1976 propuso la transformación de la antigua Dirección General de Arte Popular de la SEP en la actual Dirección General de Culturas Populares, la cual encabezó durante los primeros dos años. Antes, ciertamente, hubo otros investigadores que por los temas que trabajaron pudieran decirse que trabajaban con culturas populares (Raúl Hellmer, Tomás Stanford, Irene Vázquez y Arturo Warman con sus estudios sobre música y los esfuerzos de Gabriel Moedano con relación a la literatura oral). Pero lo cierto, afirma Bonfil, es que prácticamente nadie en el gremio antropológico se definía a sí mismo como especialista en cultura popular por más que le interesaran las artesanías, las danzas o la medicina tradicional (Bonfil, 1991).

El interés por las culturas populares, reconoce Bonfil, no fue tan mecánico ni puede atribuirse sólo a un nuevo proyecto gubernamental. Por eso, explica, desde que la antropología mexicana comenzó a desbordar el campo de estudio exclusivo de las comunidades indígenas y se adentró «más bien temerosa y titubeante» «en las junglas de asfalto» fue creciendo la

necesidad de un marco conceptual diferente que le permitiera al antropólogo moverse con menos incomodidad en una temática que le resultaba nueva y ante la que se sentía teórica y metodológicamente mal pertrechado. Entre las nuevas direcciones de investigación que se exploraron estuvo la línea de la cultura de la pobreza propuesta por Oscar Lewis que pronto fue abandonada; tal vez, señala Bonfil, porque las unidades sociales de análisis que éste empleaba (la familia, la vecindad) no se compaginaban bien con la noción antropológica de cultura y «la empobrecían hasta el grado de que en vez de una cultura de la pobreza teníamos una pobreza de la cultura, al menos, una pobreza del concepto de cultura» (Bonfil, 1991).

La incursión personal de Bonfil en la problemática teórica de la cultura popular surge, entre otras razones, de su interés por entender mejor la dinámica cultural y el fenómeno de la identidad étnica en un contexto intercultural. De ahí su necesidad de confrontarlo con lo que sucedía con los grupos mestizos o no indígenas. Desarrolla para el efecto su Teoría del Control Cultural². De esta manera, la teoría del control cultural y la cultura popular constituyen en Bonfil un mismo campo de interés, teórico y político.

² En el artículo para la presentación del Museo Nacional de Culturas Populares, en el Coloquio sobre Culturas Populares y Política Cultural (MNCP, 1982), Guillermo Bonfil esboza lo que desarrollaría en textos posteriores como la Teoría del control cultural. La última versión de ella se encuentra en su libro *La teoría del control cultural en el estudio de los procesos étnicos*, CIESAS, Papeles de la Casa Chata, México, 1987.

En el trabajo de reflexión sobre las culturas populares que desarrolla poco antes de la inauguración del Museo Nacional de Culturas Populares (Bonfil, 1982) del que es su primer director, Bonfil reconoce la escasa atención que se les había dado hasta el momento a las culturas consideradas populares y la ausencia de un conocimiento y análisis riguroso que guiara las pocas actividades encaminadas a promover su desarrollo o su transformación, y es el momento en el que presenta una de sus propuestas conceptuales sobre lo popular, y que veremos a continuación.

LAS CULTURAS POPULARES COMO SUBALTERNAS

En su artículo titulado «De culturas populares y política cultural», Bonfil presenta su definición de las culturas populares, caracterizándolas «como las que corresponden al mundo subalterno en una sociedad clasista y multiétnica de origen colonial» (Bonfil, 1982).

En tal definición fija su posición respecto a lo que se venía discutiendo desde un decenio atrás con gran intensidad. Polémica en la cual, si bien aún no estaba presente la discusión de la cultura popular, sí lo estaban muchos de los componentes que en el decenio de los ochentas integrarían la definición de lo popular, así como de las políticas que en torno a esto se discutirían: la denuncia del carácter colonial de la explotación de las poblaciones indígenas y la necesidad de comprender la relación nada mecánica entre etnias y clases sociales. Es decir, Bonfil vuelve a insistir en que el problema indígena no puede agotarse en el análisis de clase; reitera la denuncia del carácter colonial que permea la explota-

ción del indígena, y se mantiene firme en su lucha por la construcción multiétnica y pluricultural del país.

Al caracterizar como popular la cultura de los grupos subalternos se advierte la influencia que la escuela italiana tuvo en él, principalmente de Gramsci y Cirese³, y marca su distancia de las concepciones esencialistas y culturalistas que definían el carácter de lo popular a partir de la existencia de ciertos rasgos culturales. Pero hay también en esta definición una propuesta de adaptación de esos postulados a las condiciones de México y de otros países de origen colonial.

Las culturas populares definidas como subalternas, le permiten a Bonfil incorporar a la discusión en torno a la pluralidad de la cultura nacional, a sectores emergentes en el panorama social (colonos, vendedores ambulantes, campesinos migrantes, inquilinos, etc.) cuya presencia se manifestaba cada vez más a través de movilizaciones y de protestas, pero que habían sido excluidos de los estudios antropológicos; de los análisis de sus relaciones con la población indígena; así como de la discusión de su importancia para la transformación democrática de la nación mexicana. Sus referencias al carácter multiétnico y colonial de la sociedad y por tanto de las clases subalternas, dejan ver el interés que continúa teniendo Bonfil en las poblaciones indígenas. De igual forma

³ Hasta ahora se carece de estudios que analicen la influencia de las concepciones europeas sobre lo popular en autores particulares, aunque son muchos los planteamientos de Gramsci, Cirese, Satriani y De Martino, en el pensamiento antropológico contemporáneo.

permiten advertir su filiación a la teoría del colonialismo interno (sustentada en México por Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen) así como la influencia que sobre él ejercieron las posiciones de antropólogos marxistas como Pierre Jaulin y Régis Debray, que junto a muchos más, denunciaron el etnocidio entre los indígenas provocado por el expansionismo colonial del capitalismo.

Entre las características más relevantes que Bonfil menciona en este texto como parte de las culturas populares en México, están el pluralismo de las culturas subalternas y su organización básica a nivel local. Con ello no pretende decir que la diversidad de culturas sea un fenómeno colonial «ya que ha estado aquí desde que se tienen noticias». Lo que sí es producto colonial, aclara, es la atomización de la organización social que fue reducida a su expresión de comunidad local como parte de la política de la dominación colonial que se impuso a partir del siglo XVI. La colonización destruyó los niveles de organización social que articulaban a los pueblos prehispánicos como grandes unidades y fragmentó a cada pueblo en múltiples comunidades locales. Con ello además se mediatizó hasta donde se pudo la relación entre las comunidades, las aisló e incluso provocó rivalidades y conflictos entre ellas (Bonfil, 1982).

Tal afirmación sobre el carácter local, originario y precolonial de las expresiones de la cultura popular, es otra expresión más de la fuerte presencia del referente indígena que Bonfil encuentra como característica de los grupos subalternos, aún en aquellos que ya no se consideran a sí mismos indígenas. Esta concepción es la que

años después será el sustento de su hipótesis sobre la existencia del México profundo. La fragmentación y el carácter local de la mayoría de las expresiones de cultura popular en el país se convierten para Bonfil, por tanto, en uno de los principales retos a vencer por la nueva política cultural que busca desarrollar desde el Museo Nacional de Culturas Populares.

Para Bonfil sin embargo, ese nivel local de las expresiones de cultura popular no ha sido totalmente negativo, pues guarda estrecha relación con los núcleos de cultura autónoma que dichas comunidades han logrado mantener. Llega a tal afirmación a través de sus propuestas sobre el control cultural como medio para explicar la dinámica de las culturas subalternas, expuestas con toda claridad ya en este texto de 1982.

A través de estos planteamientos, busca explicar las relaciones entre sociedad y cultura para entender mejor los procesos culturales que ocurren cuando dos grupos con cultura e identidades diferentes, «contrastativas», están vinculados por relaciones asimétricas de dominación/subordinación (Bonfil, 1982; 1984).

El control cultural, para Bonfil, es la capacidad social de decisión que tiene un grupo sobre los elementos culturales (vistos como recursos) que son necesarios para formular y realizar un propósito social. Por ello implica una dimensión política que tiene que ver con la mayor o menor capacidad que tiene un grupo para el ejercicio del poder. De tal capacidad se derivan diferentes ámbitos: el de cultura autónoma (el grupo mantiene no sólo la capacidad de uso sino también el control de reproducción

de sus elementos y procesos culturales); el de cultura apropiada (hace referencia al ámbito en el que el grupo mantiene sólo el control de uso); el de cultura enajenada (ámbitos de la cultura sobre los cuales han perdido el control aunque por origen sean propios); y el de cultura impuesta (ámbito cultural sobre el cual no tienen ninguna capacidad de control, pues lo ejerce el grupo cultural dominante).

El contenido de tales ámbitos culturales -insiste Bonfil- no están predeterminados y varían de acuerdo a procesos sociales específicos, que son producto de las relaciones totales que mantiene un grupo social con otros grupos, incluyendo a los dominantes. De ahí que el contenido particular de cada ámbito dependerá de los procesos de resistencia de la cultura autónoma; de la imposición de una cultura ajena; de la apropiación de elementos ajenos en términos de su uso (los cuales pueden llegar a ser parte de la cultura propia y autónoma); y de la pérdida, o enajenación, de la capacidad de decisión sobre elementos culturales propios (Bonfil, 1982; 1984; 1987a).

De esta forma, si el origen social y cultural de México proviene de las relaciones coloniales y de dominación sobre las poblaciones indígenas; y si éstas han vivido procesos de imposición y enajenación, pero también de resistencia, apropiación e innovación; es lógica la premisa de Bonfil acerca de «la existencia de un ámbito de cultura autónoma que es el eje organizador de cualquier cultura subalterna». Como lo es también su aplicación a todas las culturas subalternas o populares de México, las cuales provendrán necesariamente de culturas indígenas subordinadas.

El convencimiento de Bonfil de que en todos los grupos populares o subalternos existe ese núcleo de cultura autónoma es una de las premisas básicas para sus actividades políticas e institucionales, ya que para él es «a partir de ese sector de cultura autónoma (que) se desarrollan los procesos de resistencia y apropiación y se establece y modifica la visión del mundo propia de cada grupo subalterno». Por lo tanto «el mantenimiento y la expansión del ámbito de cultura autónoma son, en el orden cultural, la expresión de la lucha permanente contra la dominación» (Bonfil, 1982).

La existencia de la cultura autónoma, de la resistencia y la apropiación culturales, así como la articulación a partir de ellas de la lucha contra la dominación, conforman los rasgos positivos, factibles de impulsar en los grupos populares, y por lo mismo indican las características que toda política cultural debe tener para propiciar su desarrollo. Todas las políticas culturales referidas a las culturas populares, en ese sentido, podrán ser evaluadas según su objetivo: «reforzar o ampliar el campo de la cultura autónoma, o ensanchar el ámbito de la cultura impuesta», ya que son éstas para Bonfil las opciones que constituyen las alternativas más nítidas y opuestas, y las que han de definir incluso el sentido último de cualquier acción, o política cultural (Bonfil, 1982).

Pese a la importancia que Bonfil le otorga a los ámbitos de cultura propia y autónoma así como a las luchas de los grupos populares contra la dominación, no deja de reconocer las transformaciones que la imposición y la enajenación,

producto de la dominación, provocan en la identidad y la cultura de los grupos subalternos. Eso aleja a Bonfil de las posiciones románticas que mencionan el carácter revolucionario intrínseco que tiene por esencia el pueblo y su apego a la tierra; y matiza las propuestas teóricas respecto a lo popular provenientes de la escuela italiana, principalmente de Lombardi Satriani, respecto a las relaciones entre lo hegemónico y lo subalterno⁴, y se distancia, de alguna manera, de la concepción de Cirese en la que existen «niveles» y «desniveles culturales». Los conceptos de enajenación, imposición, pero también los de apropiación e innovación, tienden puentes conceptuales que le permiten comprender las complejas interrelaciones y mutuas influencias, entre las culturas hegemónicas y las subalternas, y entre las sociedades occidentales y las de origen no occidental, o «etnológicas o primitivas» como las llama Cirese.

Vistas así las cosas, los grupos y culturas subalternos pueden incorporar un menor o un mayor número de elementos culturales a su ámbito de «cultura propia» (conformada por los ámbitos de cultura autónoma y apropiada), dependiendo de las formas específicas de articulación entre ellas y la sociedad colonial, por lo que para Bonfil pierden sentido las caracterizaciones de las culturas populares como «puras», «auténticamente indígenas», «híbridas» o «espurias», forma

⁴ En Lombardi Satriani prevalece una oposición tajante entre lo hegemónico y lo subalterno, y por tanto entre dominación y resistencia cultural, que son tratados como si se tratara de dos bloques homogéneos y recíprocamente hostiles, enfrascados en una lucha permanente.

como las caracterizan otros autores (Bonfil, 1987a).

LO SUBALTERNO: CLASES SUBORDINADAS O PUEBLO COLONIZADO

Bonfil en un artículo suyo, anterior a la inauguración del Museo Nacional de Culturas Populares, titulado «Lo propio y lo ajeno: una aproximación al problema del control cultural» (Bonfil, 1984)⁵, al exponer su teoría sobre el control cultural, no menciona a las culturas populares, y habla en cambio sólo de culturas dominadas o subalternas, puesto que su objetivo es analizar sus relaciones con la cultura dominante.

Tal hecho no sería significativo si no fuera porque entre este texto y el presentado en el Coloquio sobre Culturas Populares y Política Cultural, analizado en el apartado anterior, hay diferencias precisamente en su manera de ver a las culturas indígenas y a las que no lo son, variando la forma como emplea lo subalterno en relación a uno y otro grupo.

En la versión ampliada del artículo «Lo propio y lo ajeno...» que Bonfil elaboró para el doctorado del CIESAS en 1986 llamada «La teoría del control cultural en el estudio de los procesos étnicos», Bonfil señala con claridad los objetivos al desarrollar su teoría, acotando la utilidad de su modelo analítico para entender procesos culturales relacionados a la población indígena cuando entra en contacto con grupos culturales que no lo son. Modelo en el que grupo, cultura e identidad se rela-

⁵ Artículo publicado por primera vez en 1981 y reeditado posteriormente en 1982, 1983 y 1984 por la editorial Premia.

cionan internamente (dentro de la propia unidad étnica) y, al mismo tiempo, pueden entenderse sus identidades y sus culturas en sus relaciones con otros grupos. Con esto Bonfil propone la existencia de una relación significativa entre grupo (sociedad) y cultura, que permite entender la especificidad del grupo étnico, sin abandonar la perspectiva complementaria que ve los diversos niveles del fenómeno étnico (los grupos, las identidades, las culturas) como entidades diferenciadas y contrastantes inmersas en un sistema determinado de relaciones: relaciones sociales cuando se trata de grupos; relaciones interpersonales e intersubjetivas cuando es el caso de individuos con identidades étnicas diferentes; y relaciones interculturales para el caso de sistemas policulturales (Bonfil,1986).

Precisamente al delimitar su interés en un campo analítico en el que importa ante todo entender procesos de interrelación, y de dominación-subordinación, entre grupos con culturas diferentes, cobra sentido marcar las diferencias que existen no sólo entre culturas hegemónicas y subordinadas, sino sobre todo entre culturas subordinadas con diferente origen: es decir, si provienen o no de un proceso colonial.

Por ello, a diferencia del primer texto visto (donde son populares las culturas sólo por su posición de clases subalternas), aquí Bonfil establece términos específicos para diferenciar a los sectores subalternos según su origen. Denomina clases subalternas a aquellos que comparten el mismo origen sociocultural del grupo dominante, y emplea el concepto *pueblo colonizado* para referirse a los que tienen una

cultura diferente a la de los dominadores. Por ende, dice, en una sociedad clasista de origen colonial hay una compleja trama de relaciones entre sociedad colonizadora, clase dominante, clases subalternas y pueblos colonizados (Bonfil,1984).

Para él, entonces, en una sociedad de origen colonial y multiétnica como la nuestra es necesario diferenciar a las clases subalternas nacidas dentro de la misma lógica del sistema capitalista colonizador, de lo que es el pueblo colonizado cuyo origen social es diferente, puesto que serán también diferentes la naturaleza y la condición de su cultura propia, las relaciones de dominación, así como las luchas que emprendan por su liberación.

Para Bonfil la clase subalterna y la dominante forman parte de una misma sociedad, de un mismo sistema sociocultural, aunque haya procesos de exclusión de la clase subalterna en beneficio de la clase dominante, lo cual genera conflictos. Pero la lucha entre ellas se da dentro de un mismo horizonte civilizatorio, a pesar de que tales intereses puedan ser diferentes y, en muchos sentidos, opuestos. Es decir, los elementos culturales cuyo control se disputan son, finalmente, los mismos. En cambio el conflicto es diferente cuando se presenta entre un pueblo colonizado y el colonizador, ya que el primero posee una cultura diferente a la que posee la sociedad colonizadora. El pueblo colonizado lucha por la preservación de su cultura y, por tanto, su proyecto cultural y de liberación tiene una perspectiva civilizatoria diferente (Bonfil,1984) a la del colonizador.

Aquí también, la persistencia de un ámbito de cultura propia es lo que

permite la continuidad cultural de los pueblos colonizados. Sin esa cultura propia no existe una sociedad como unidad diferenciada. La continuidad histórica de una sociedad (un pueblo, una comunidad) es posible porque posee un núcleo de cultura propia en torno a la cual se organiza y se reinterpreta el universo de la cultura ajena (por impuesta o enajenada). La identidad contrastante, inherente a toda sociedad culturalmente diferenciada, descansa también en ese reducto de cultura propia. Por ello, para Bonfil habrá una relación directa entre la profundidad, la intensidad de la identidad social (étnica, en el caso que nos ocupa) y la amplitud y solidez de su cultura propia. Es más, para Bonfil, la presencia de una identidad social diferenciada depende de que exista una cultura propia (Bonfil, 1984).

En el caso de las clases subalternas, si bien para Bonfil no poseen una cultura diferente a la dominante, si piensa que son poseedoras de un ámbito de cultura propia en la medida que existen desigualdades en el acceso a la cultura, y puesto «que las sociedades clasistas y estratificadas presentan desniveles culturales correspondientes a posiciones sociales jerarquizadas». Así entonces, estas culturas de clase, o subculturas de la dominante, (pese a que comparten la misma matriz cultural) poseen un sector de cultura propia en tanto mantienen y ejercen capacidad de decisión sobre un cierto conjunto de elementos culturales. Igual que para las culturas de los pueblos colonizados estos núcleos de cultura propia constituyen el lugar desde donde se lucha contra la dominación y se brindan alternativas para la sociedad total (Bonfil, 1984).

En la lucha contra la dominación, las diferencias entre clase dominada y pueblo colonizado radican en que éste último lucha por su autonomía, en tanto que la clase subalterna lucha por el poder dentro de la misma sociedad, la misma cultura y la misma civilización de la que forma parte. No obstante, reconoce que debido a su condición de subalternos ambos sectores coinciden en el interés por transformar el orden de dominación existente que a ambos sojuzga. Lo cual según él es necesario, pero no suficiente, para liquidar la dominación colonial (Bonfil, 1984).

DISCREPANCIAS Y ACUERDOS ENTRE LAS CONCEPCIONES DE BONFIL

La diferencia entre la concepción de las culturas subalternas contenida en el artículo «De culturas populares y política cultural», y la expuesta en «Lo propio y lo ajeno...» y desarrollada extensamente en su texto sobre la Teoría del control cultural, estriba, como puede verse, en la distinción que hace Bonfil entre el mundo subalterno de origen colonial (al que pertenecen las culturas populares indígenas), y la génesis de las clases subalternas (que como subculturas de la dominante comparten el mismo origen, por supuesto diferente al de los indígenas o pueblo colonizado).

Ciertamente en este artículo «Lo propio y lo ajeno...», Bonfil desarrolla mucho más su propuesta respecto de los procesos de imposición que conducirían a un grupo a cambiar su cultura al grado de modificar también su identidad, pero éste se aplica sólo a los grupos de procedencia india. En cambio no se interesa por los cambios que

podrían sufrir las clases subalternas (del mismo origen cultural que las clases dominantes) en su contacto con otros grupos, o por el desarrollo mismo de su cultura propia que posiblemente los condujera a diferenciarse culturalmente de las clases y culturas dominantes hasta constituir una cultura diferentes a través de un proceso de etnogénesis. Por ello parecería que desde el punto de vista de Bonfil hay algún impedimento para que las subculturas se desarrollen, por las mismas vías que las indígenas (la innovación, la apropiación, etc.) para alcanzar una verdadera y autónoma cultura propia.

Haciendo una lectura cuidadosa de las dos propuestas de Bonfil para tratar lo popular, se observa que ambas consideran ese ámbito como lo subalterno; pero en una de ellas la caracterización de lo popular no hace referencia a contenidos culturales, y por tanto se define sólo por oposición a lo hegemónico; en tanto la otra incluye esa dimensión política de oposición, pero combinada con las cualidades que le brinda el proceso colonial a la cultura, como elemento que justifica la dominación colonial. Es una definición que incluye la posición estructural que deriva en clases, y las cualidades culturales de los grupos y las clases sociales, que se derivan de la colonización de una civilización por otra.

La diferencia esencial se enfoca al tratamiento que Bonfil hace de las clases subalternas del mismo origen que el del colonizador *versus* el que hace sobre los pueblos colonizados. Y el problema conceptual, entonces, radica en que sus dos explicaciones nunca se integran en un modelo único que logre explicaciones de una realidad que no

mantiene esos sectores de población totalmente diferenciados ni en la estructura social ni en el campo cultural contemporáneo.

Es decir, al analizar la situación de la mayoría de los pueblos indígenas actuales, bajo el modelo que los considera como colonizados-subordinados, ciertamente funciona para explicar por qué pese a las fuertes modificaciones que sufrieron sus economías y sus formas de organización social continúan siendo indígenas. Igualmente es útil para comprender por qué ciertos sectores de campesinos, e incluso sectores ya urbanos, conservan muchos de los elementos culturales similares a los de los indígenas aunque su identidad ya haya cambiado. El problema es que en ese modelo lo popular es aplicado únicamente a los grupos que tienen un origen directamente indio. Los demás que también son subordinados, pero que no tienen ese origen, quedan fuera (o por generalización se supone que todos son de origen indio). Por ello parecería que, a la luz de esta propuesta, todo aquél que vino con la Colonia y no era indígena, no forma parte ahora de lo popular. Queda la duda entonces de si entre los colonizadores no venían grupos que eran a su vez miembros de culturas también subalternas, incluso con matrices culturales diferentes a la del grupo hegemónico-conquistador, y si todos aquellos que vinieron lograron posiciones de clase hegemónicas en lo social y lo cultural, mismas que mantendrían hasta la fecha.

En el segundo modelo lo popular sí contempla a ambos sectores: a los que provienen de los pueblos colonizados y a los que nacieron como clase subordi-

nada junto a los sectores dominantes. Sólo que parecería que clases subordinada y pueblo colonizado hubieran permanecido siempre ajenos, uno del otro. Parecería, pues, como si los indígenas no formaran en ocasiones parte de las mismas clases que los no-indígenas, ya sea como asalariados o como patronos. Como si las formas de subordinación y explotación en el caso de los indígenas siempre conservaran una misma forma y como si entre los indígenas mismos no se presentaran relaciones de dominación/subordinación. Por ello esta caracterización no es fácilmente aplicable al indígena-obrero que por su posición social sería proletario y por su cultura indígena; ni al indígena cacique-líder religioso-acaparador que usa su condición étnica para controlar mejor sus posiciones de poder dentro de su grupo, en una dinámica de producción y comercialización similar a la de los caciques no-indígenas. Si en cambio es importante para explicar al indígena-comerciante-ambulante que con éxito mueve millones de pesos por todo el país y los emplea para fortalecer su pertenencia y el vigor de su etnia; así como al indígena universitario que no obstante su preparación y «modernización» la pone al servicio de su pueblo.

El modelo de Bonfil se muestra rígido además, al no concederle a las clases subordinadas de origen no-indígena y provenientes de los colonizadores europeos, la posibilidad de desarrollar ese ámbito de cultura propia, que Bonfil sí les reconoce a las culturas de matriz india, para que puedan transformarse a través de la innovación y la apropiación (y del contacto interétnico) hasta constituirse en algo

más que una mera subcultura de la dominante.

Sin quitar mérito alguno a las propuestas de Bonfil, hay que decir que quedó pendiente la integración de ambas en un modelo que: a) flexibilizara el análisis de los procesos de cambio cultural y etnogénesis para que incluyera también a las poblaciones no-indígenas, las cuales no tendrían por que estar excluidas de los ricos procesos que Bonfil advierte para las poblaciones indias; y b) para que tales análisis no perdieran de vista la ubicación de los diferentes sectores populares indios en la estructura de clases existente y con las dinámicas particulares que ello les implica en la cultura y la identidad.

Entre las dos opciones planteadas por Bonfil para definir quiénes integran el mundo de lo subalterno o popular, en textos posteriores, él mismo se inclina por la versión que incorpora la noción de diferencia cultural al lado del de subordinación. Es decir por la que ve, incluso entre sectores no-indios urbanos, a grupos sociales con una matriz cultural de origen india aunque sumamente debilitada y transformada.

Eso hace suponer que la posición que establece diferencias de origen entre los grupos subordinados es anterior a la expuesta en 1982 al presentar el Museo Nacional de Culturas Populares, ya que además se advierte una clara relación entre lo que Bonfil llama «clases subalternas» y «los desniveles internos» de Cirese; así como de lo que Bonfil caracteriza como «pueblo colonizado» y lo que para Cirese son los «desniveles externos» que existen entre las sociedades occidentales y las sociedades «etnológicas o primitivas».

Cabe decir, que en un texto presentado por primera vez en 1987, y posteriormente reeditado en 1991, llamado «Los conceptos de diferencia y subordinación en el estudio de las culturas populares»⁶, Bonfil reflexiona sobre los inconvenientes de emplear los niveles y subniveles para explicar las culturas populares en México. En esa medida, además, critica fuertemente a aquellos investigadores que «por aplicar mecánicamente ciertas construcciones teóricas conciben la cultura de los grupos subalternos exclusivamente como un resultado de la dominación. Se entienden entonces como subculturas o como expresión de los desniveles culturales en el interior de una sociedad estratificada» (Bonfil, 1991). Es decir, que aquí deja de lado, sin explicitarlo, su propia concepción de lo subalterno que incluía a las «clases subalternas» como subculturas de las dominantes.

En cuanto a la ubicación de los sectores populares hoy en día no-indios, Bonfil se inclina más por su propuesta sobre el origen colonial - indio de éstos para ubicarlos. Para ejemplificar la existencia de esa matriz cultural india en sectores no-indios, Bonfil habla de las comunidades campesinas, de los inmigrantes rurales a las urbes, y de los barrios tradicionales en las ciudades.

En este texto Bonfil deja abierto el camino a cambios en sus concepciones, puesto que reconoce que no tiene

⁶ Fue presentado como ponencia en 1987 en el simposio sobre «Teoría e Investigación en la Antropología Social Mexicana», organizado por el Colegio de etnólogos y Antropólogos en El Colegio de México, mismo que fue publicado en 1991 en el libro *Pensar nuestra cultura*, Alianza Editorial, México.

suficiente información sobre otros sectores populares urbanos. Sin embargo, más adelante, reitera su posición respecto de la riqueza de ver a las culturas populares (a todas) no sólo como subalternas sino también como diferentes a las hegemónicas. La razón, argumenta, estriba en que tal posición es más acorde a la realidad histórica nacional y porque ello implica un cambio respecto a los enfoques anteriormente trabajados que no dan cuenta de la complejidad de situaciones presentes entre los grupos populares.

Estas dos posiciones de Guillermo Bonfil ilustran, de cierta forma, la evolución de su pensamiento, y su decisión final que lo conduce a construir de un proyecto político e ideológico que se concretará en la propuesta contenida en su libro *México Profundo: una civilización negada* (Bonfil, 1987) en el que señala que subsiste, en la mayoría de los mexicanos, una matriz cultural y civilizatoria de origen indio que hay que revalorar.

APORTACIONES Y PROBLEMAS DE LAS CONCEPCIONES DE GUILLERMO BONFIL

Las aportaciones de Bonfil al problema de las culturas populares, estriba en haber señalado precisamente la insuficiencia de caracterizar únicamente como subordinadas las especificidades de los sectores populares o subordinados en México (Bonfil, 1982). Ante ello considera necesario establecer las diferencias que la dominación les impone a las culturas subordinadas, según correspondan éstas a grupos con un origen colonial o no.

En ese sentido son pertinentes sus ensayos con los que se propone diluci-

dar las diferencias y las similitudes de las relaciones de dominación, e incluso las luchas por la liberación, entre los grupos indígenas y en aquellos que no son indígenas. Por ende, son muy sugerentes las diferencias que establece entre las clases subordinadas y el pueblo colonizado (Bonfil, 1984).

A través de sus elaboraciones teóricas, Bonfil llega a acuñar una caracterización de las culturas populares, en la que se combina una definición de posición estructural (es decir por su situación de subordinación frente a las clases dominantes -herencia de Gramsci y Cirese-), con los procesos que conducen a un grupo a proponerse con una identidad diferente partiendo de una matriz cultural propia. Es decir, conjuga características de posición social con las de contenido cultural. De esta manera, desarrolla y adapta a México las posiciones de la escuela italiana en una construcción teórica propia en la que se combinan las condiciones y posiciones de clase de los sectores sociales involucrados en las relaciones de dominación-subordinación, con los procesos y los contenidos culturales específicos que contribuyen a definir, y mantener, a ciertas clases sociales como grupos culturales diferentes.

Hay que decir sin embargo, que dichos contenidos culturales que Bonfil señala como propios para cada grupo o clase social en conflicto, no corresponden a listados de elementos o cualidades culturales, predefinidos de antemano, sino que los concibe como históricos y definidos por los propios grupos culturales.

Con esta propuesta Bonfil señala la necesidad de diferenciar a grupos culturales en conflicto, no sólo por su

posición de clase sino también por las características que asumen las relaciones de dominación-subordinación cuando las desigualdades sociales están acompañadas, y fundamentadas como en el caso colonial, en las diferencias culturales.

Bonfil introduce para el análisis de las culturas populares en México, no sólo las relaciones de clase (que nos hablarían de las desigualdades entre sectores sociales y sus repercusiones en la distribución y el acceso a los bienes culturales de la sociedad), sino también las relaciones de origen colonial que tienen que ver con las diferencias y desigualdades que existen entre sectores sociales con culturas diferentes, cuando entre ellas hay relaciones de dominación-subordinación.

Con dicha propuesta, el análisis de las culturas populares tendría necesariamente que tomar en cuenta no sólo las relaciones de desigualdad en la distribución y acceso a los bienes culturales, sino que debería desentrañar también las relaciones antagónicas entre sectores con culturas diferentes, en posiciones sociales desiguales, y en las que por tanto, la imposición de una cultura implica necesariamente la destrucción de la otra.

El antagonismo cultural y social prevaleciente en las relaciones de dominación-subordinación cuando se presentan en un contexto de origen colonial, es precisamente lo que conduce a Bonfil a unir a la problemática de las culturas populares, con el trabajo que ya venía desarrollando a partir de sus críticas al indigenismo, y cuando se propone, además, desentrañar los problemas de las relaciones interétnicas en México. Trabajo que se concreta en su

teoría del control cultural (Bonfil, 1987a).

Es precisamente en la teoría del control cultural, en donde Bonfil incluye la definición de los conceptos destinados a explicar las interrelaciones existentes entre grupos culturales diferentes, inmersos en estructuras de dominación-subordinación; se preocupa por describir los procesos que contribuyen a orientar y definir el cambio cultural (la innovación, la apropiación, la imposición, la enajenación y la resistencia); y propone el control de los procesos culturales como la vía política a través de la cual los grupos luchan por conservar su autonomía y su identidad.

La conjunción de ambas inquietudes de Bonfil, la que venía de su preocupación por los pueblos indígenas, con la posterior que se generó a partir del auge del empleo en México de lo popular para caracterizar a las culturas subordinadas, tuvo varias consecuencias.

Entre las positivas destaca la aplicación de su teoría del control cultural a la problemática de las culturas populares que, como ya se dijo, enriqueció el análisis de la situación de los grupos subordinado con un origen colonial y con una identidad indígena.

Son sugerentes también muchos de los elementos que propone para analizar la situación de las clases subordinadas que comparten un mismo origen cultural que las dominantes. Y sin duda, la vinculación de la problemática social y cultural indígena a la de otros sectores no indígenas, bajo la cobertura todas ellas de los problemas comunes a «las culturas populares», le abrió nuevos campos de reflexión, y con

ello a una nueva agenda de problemas de investigación y de promoción cultural.

Algunos de los problemas que no se resolvieron con las aportaciones de Bonfil, se dejan ver cuando el modelo analítico de la teoría del control cultural NO introduce en su problemática las diferencias y desigualdades que existen al interior de los grupos, o clases, que comparten una misma cultura, incluyendo a los que generalmente son definidos globalmente como subalternos.

Explica entonces sólo las relaciones y procesos existentes entre un grupo subordinado con uno grupo antagónico externo, pero omite, y es incompleto para explicar los conflictos internos, y por tanto el cambio cultural proveniente de las contradicciones internas así como de las provocadas por las alianzas, o conjunción de intereses entre sectores con diferentes culturas, pero intereses similares, que podrían incluso ser de clase.

Una limitación semejante se advierte también en su propuesta de análisis para los sectores subordinados que comparten una matriz cultural similar a la de los dominadores, que se vuelve un tanto rígida al proponerlas Bonfil sólo como subculturas de las dominantes, y en esa medida no les concede (como sí sucede cuando se trata de los indígenas), la posibilidad de (mediante las diferencias, unidas a los procesos de innovación, apropiación, y en general al cambio cultural) constituir núcleos de identidad a través de los cuales definirse y proyectarse como grupos con características culturales propias.

El hecho de que sus propuestas con relación a cómo analizar las culturas su-

balternas (si como clases subordinadas y pueblo colonizado o sólo como culturas populares o subalternas) las desarrolle Bonfil en textos y tiempos diferentes, agregan un problema más, ya que nunca retomó la riqueza de ambas perspectivas para construir un modelo más integral de análisis, y en cambio, en diferentes etapas se inclinó y favoreció una de ellas. Ello sin atender a su com-

plementariedad, sin dirimir sus aspectos contradictorios y sin resolver sus limitaciones.

Analizar las aportaciones de Bonfil al desarrollo del pensamiento antropológico mexicano, deslindar sus limitaciones, y avanzar con hacia nuevas propuestas, es una tarea vigente, a la cual este breve trabajo intenta contribuir.

BIBLIOGRAFIA

Bonfil Batalla, Guillermo. «El objeto de estudio de la Antropología» en *Nueva Antropología* No. 11, Año III, México, 1979.

-----.»De culturas populares y políticas culturales» en *Culturas populares y política cultural*, Ed. MNCP-SEP, México, 1982.

-----». «El Museo Nacional de Culturas Populares» en *Nueva Antropología* No. 20, México, 1983.

-----». «Lo propio y lo ajeno: una aproximación al problema del control cultural» en Colombres A. Comp. *La cultura popular*, Premiá Editora, México, 1984.

-----». «Del indigenismo de la revolución a la Antropología Crítica» en *De eso que llaman la antropología mexicana*, Comité de Publicaciones de la ENAH, México, 1986.

-----». *México profundo: una civilización negada*, CIESAS-SEP, México, 1987.

-----». *La teoría del control cultural en el estudio de los procesos étnicos*, CIESAS, Papeles de la Casa Chata, México, 1987a.

-----». «Panorama étnico y cultural de México» en Stavenhagen y Nolasco Coords. *Política cultural en un país multiétnico*, COLMEX-DGCP-SEP, México, 1988.

-----». «Los conceptos de diferencia y subordinación en el estudio de las culturas populares» en *Teoría e investigación en la antropología social mexicana*, CIESAS- UAM, México, 1988a.

-----». «Los conceptos de diferencia y subordinación en el estudio de las culturas populares» en *Pensar nuestra cultura*, Alianza Editorial, México, 1991.

-----». «»Nuestro patrimonio cultural: un laberinto de significados» en *Pensar nuestra cultura*, Alianza Editorial, México, 1991a.

-----». «Desafíos a la antropología

- en la sociedad contemporánea», en *Iztapalapa* Año II, Número Extraordinario, UAM-Iztapalapa, México, 1991b.
- Cirese, Alberto. «El Concepto de Cultura» en *Cimet et alt. Cultura y sociedad en México y América Latina*, Colec. Artes Plásticas, CENIDIAP/IMBA, México, 1987.
- Colombres, Adolfo (comp.) *La cultura popular*, Premiá Editora, Colec. La Red de Jonás, México, 1982.
- García Canclini, Néstor. *Las culturas populares en el capitalismo*, Ed. Nueva Imagen, México, 1982.
- . «La crisis teórica en la investigación sobre cultura popular» en *Teoría e investigación en la antropología social mexicana*, Ed. CIESAS/ UAM-I, México, 1988.
- . *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Ed. Grijalbo/CNCA, México, 1990.
- Gramsci, Antonio. *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1972.
- . *El materialismo histó-*
- rico y la filosofía de Benedetto Croce*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1973.
- Gímenez, Gilberto. *Cultura popular y religión en el Anahuac*, Centro de Estudios Ecuménicos, México, 1978.
- . «La cultura popular: problemática y líneas de investigación» en *Educación para adultos y cultura popular*, Universidad Pedagógica Nacional/SEP. Cuadernos de Cultura Pedagógica, Tomo 1, México, 1985.
- Lombardi Satriani, L.M. «Los ejemplos se podrían multiplicar» en *Cimet et alt. Recop. Cultura y sociedad en México y América Latina*, Colec. Artes Plásticas, CENIDIAP/INBA, México, 1987.
- . *Apropiación y destrucción de las culturas subalternas*, Ed. Nueva Imagen, México, 1978.
- Ortíz, Renato. *Cultura popular: románticos e Folcloristas*. Pontificia Universidad Católica de São Paulo, São Paulo, 1985.
- Pérez-Ruiz, Maya Lorena. «El Museo Nacional de Culturas Populares 1982-1989: producción cultural y significados», tesis de maestría en Antropología Social, ENAH, México, 1995.